



# La estrategia de Syriza a debate

**Antonio Antón Morón**

Profesor de la Universidad Autónoma de Madrid-Departamento de Sociología

Correo electrónico: [antonio.anton@uam.es](mailto:antonio.anton@uam.es)

Este libro está bajo una licencia: [Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

# ÍNDICE

Introducción

- 1) La tragedia griega
- 2) La encrucijada de Syriza
- 3) La readecuación estratégica de Syriza
- 4) El pueblo griego decide
- 5) La particularidad de la realidad griega
- 6) El reajuste analítico y programático alternativo
- 7) Voluntad de cambio y relación de fuerzas
- 8) El futuro del cambio tras la experiencia griega
- 9) La victoria de Syriza favorece el cambio

Bibliografía

La experiencia griega del año 2015 es fuente de enseñanzas políticas y teóricas. Los hechos principales han sido la oposición del Gobierno de Syriza a la estrategia de austeridad impulsada por la Troika y el Gobierno de coalición alemán, la amplia victoria del NO en el referéndum de julio, el acuerdo para la aplicación del memorándum del Eurogrupo y su posterior victoria en las elecciones generales. Han puesto de relieve problemas, interrogantes y debates de carácter estratégico: cómo afrontar la acción contra los planes regresivos del grupo de poder liberal-conservador, particularmente desde un país periférico; cuáles son las condiciones históricas, estructurales y sociopolíticas para avanzar hacia la democratización del sistema político y un giro socioeconómico más justo; qué modelo progresista y solidario de construcción europea contraponer a la gestión conservadora dominante; cuál es el enfoque teórico más adecuado para interpretar esta dinámica de conflicto social y de cambio. Son cuestiones que vamos a tratar a partir de la evaluación de la estrategia de Syriza ante la crisis griega.

## Introducción<sup>1</sup>

La experiencia griega del año 2015 es fuente de enseñanzas políticas y teóricas. Syriza (Coalición de la Izquierda Radical<sup>2</sup>) fue el partido más votado en las elecciones generales de enero de 2015, en Grecia, con un programa transformador frente a los planes de ajuste y austeridad, promovidos por las instituciones de la UE (principalmente el Eurogrupo y el Gobierno alemán) y la Troika (BCE, FMI, CE). Los dos planes de 'rescate' anteriores gestionados por el PASOK y la derecha conservadora han causado graves perjuicios para la mayoría de la sociedad griega, y se genera un amplio deseo popular de cambio. Ante la gravedad de la crisis socioeconómica el nuevo Gobierno se apresta a negociar otra política que, frente a los intereses del poder financiero e institucional, de forma relevante el Ejecutivo de Merkel, defienda los intereses de las capas populares. Los hechos principales han sido la oposición del Ejecutivo de Syriza a la estrategia de austeridad impulsada por la Troika y el Gobierno de coalición alemán, la amplia victoria del NO en el referéndum de julio, el acuerdo para la aplicación del memorándum del Eurogrupo y su posterior victoria en las elecciones generales.

El proceso ha puesto de manifiesto una importante derrota para el pueblo griego; pero no se puede hablar de capitulación estratégica y menos de traición de Syriza. Por una parte, ha renovado y reforzado la confianza mayoritaria de la población, con la nueva victoria en las elecciones parlamentarias de septiembre. Por otra parte, la estrategia de Syriza, con fuerte apoyo popular, ha paliado parcialmente la dureza de los planes regresivos iniciales del Consejo Europeo, de hegemonía liberal-conservadora y de consenso con la mayoría de la socialdemocracia europea, y ha neutralizado sus objetivos máximos de destruir una dinámica democrática y progresista. Por tanto, en una situación difícil y defensiva, el Ejecutivo griego no se ha rendido respecto de su aspiración a revertir la política de recortes sociales, frenar la política de austeridad, promover una salida más justa a la crisis y exigir una reforma institucional europea más solidaria.

La realidad es compleja y llena de claroscuros. Se han puesto de relieve problemas, interrogantes y debates de carácter estratégico: cómo afrontar la acción contra los

---

<sup>1</sup> Diversos aspectos de este texto, compuesto en abril de 2016, han sido explicados en varios artículos publicados en el verano y el otoño del año 2015 en distintos medios periodísticos: *Público, Nueva Tribuna, Rebelión, Mientras Tanto, Press Digital...*

<sup>2</sup> La palabra 'radical' en Grecia tiene otro significado diferente al expresado en España. Allí se relaciona con ir a la 'raíz' de los problemas, con un cambio firme y de fondo, y podría traducirse mejor por 'transformadora' o 'auténtica'. Aquí, como se sabe, esa palabra radical tiene la connotación de 'extrema'. Syriza es una coalición de partidos progresistas diversos. Su núcleo dirigente, con su líder Alexis Tsipras, procede del eurocomunismo o marxismo democrático, junto con un peso significativo de sectores de izquierda socialista; en su conjunto representan a la 'izquierda'. Por otro lado, es el Partido comunista griego (KKE) quien mantiene las posiciones extremas o radicales. Además, el socialista PASOK ha perdido ese perfil de izquierda y casi todo el apoyo popular.

planes regresivos del grupo de poder liberal-conservador, particularmente desde un país periférico; cuáles son las condiciones históricas, estructurales y sociopolíticas para avanzar hacia la democratización del sistema político y un giro socioeconómico más justo; qué modelo progresista y solidario de construcción europea contraponer a la gestión conservadora dominante; cuál es el enfoque teórico más adecuado para interpretar esta dinámica de conflicto social y de cambio. Son cuestiones que vamos a tratar a partir de la evaluación de la estrategia de Syriza ante la crisis griega.

## 1. La tragedia griega

Tragedia es un concepto creado por el pueblo griego para expresar el dilema moral y político de la elección entre dos males. Sirve para interpretar la actitud del pueblo griego y el Gobierno de Syriza en las últimas semanas de negociaciones con las instituciones europeas, en la primavera del año 2015, y explicar el significado del referéndum y el posterior acuerdo suscrito.

A diferencia de la comedia, en la tragedia no hay oportunidad de elegir entre el bien y el mal. Cualquier elección posible tiene consecuencias negativas, aunque unas más graves que otras. No obstante, no se trata de admitir un completo fatalismo, ni acatar el imperio absoluto del poder (o los dioses) que impone un destino fatídico o totalmente destructivo. Por el contrario, en una situación trágica existe cierta capacidad de elección: rechazo al mal mayor y asunción del mal menor.

La propia tradición popular nos dice que ante dos opciones, una mala y otra peor, lo mejor es elegir la menos mala. Es problemática porque conlleva sufrimientos y desventajas, el daño que genera es motivo legítimo de queja. Pero la elección de la opción peor conllevaría más destrucción moral, política o física. En términos comparativos, la decisión trágica es clara: admitir cierto retroceso para evitar una derrota absoluta. El sentido trágico de la vida nos enseña, frente al fatalismo y la rendición total, que ante el daño impuesto la cuestión es salvar posibilidades y mecanismos para construir un nuevo punto de partida que permita reiniciar el avance hacia el bien. Tragedia y estrategia (otra palabra griega) se convierten en conceptos explicativos fundamentales.

Cuando existe una gran desigualdad de poder, como es el caso griego, con capacidad de la parte fuerte de imponer condiciones injustas a la parte débil, se coarta su libertad y la democracia, se refuerza su subordinación y obliga a cambiar la forma de su resistencia, incluyendo treguas imprescindibles. Se habla, con razón, de concesiones griegas, de nuevos recortes. Más interesadas son las opiniones de rendición o capitulación del Ejecutivo griego. Para clarificar el significado de su actuación en esta encrucijada nos viene bien el enfoque trágico. Aunque dada la complejidad y los componentes contradictorios de este proceso es imprescindible una visión más amplia y multilateral de su sentido y trayectoria. Se trata de valorar la existencia o no de una estrategia (otro concepto griego fundamental) que oriente los planes y movimientos de Syriza (y el conjunto de las fuerzas alternativas europeas) que permita atisbar un horizonte de salida.

Repasemos los hechos fundamentales. El acuerdo impuesto (el diktat) por las instituciones europeas al pueblo griego, y asumido por el Gobierno de Syriza y la mayoría parlamentaria, es regresivo e injusto. Descarga sobre la sociedad griega la prolongación y la ampliación del sufrimiento popular y refuerza la subordinación política y la dependencia económica y, lo que es peor, sin garantías de recuperación a

medio plazo. Las principales medidas antisociales son: recorte del sistema de pensiones, mayoritariamente bajo —en torno al 60% de la media española—, reducción de los derechos laborales —despidos y convenios colectivos— para dejar más indefensas a las clases trabajadoras frente al poder empresarial, subida del IVA de artículos de más necesidad y en zonas deprimidas (islas lejanas), privatización de los principales activos del sector público empresarial (energía, ferrocarriles, puertos y aeropuertos...) como fondo de garantía para el pago de la deuda (25%), capitalizar a los bancos (50%) y el resto (25%) para inversiones productivas, con control griego y supervisión europea.

En todos estos aspectos la representación griega ha conseguido suavizar levemente los planes más duros de los representantes alemanes. No obstante, constituyen todo un plan de austeridad que, como la experiencia anterior indica, impone fuertes retrocesos sociales y económicos. No obstante, está abocada al fracaso en cuanto a garantía de crecimiento económico e, incluso, del objetivo explícito del pago de la deuda pública. Es similar al plan rechazado en el referéndum, más duro si cabe, y con la nueva imposición del fondo de privatización. La diferencia es que, antes, el rechazo gubernamental de las medidas estaba justificado también porque solo eran para salvar la coyuntura inmediata de proporcionar la liquidez necesaria de 7.000 millones, sin eliminar la probabilidad de más recortes a la hora de negociar el inmediato tercer rescate. Además, había que poner a prueba la voluntad de la mayoría social y el apoyo explícito al Gobierno de Syriza (sin llegar al 40% de representatividad). Ahora, tras la victoria del NO del referéndum, el marco de la negociación ha cambiado.

Por un lado, la amenaza de expulsión de Grecia del euro (Grexit) se convierte en chantaje inmediato. Las posibilidades de mayor destrucción económica por el ahogamiento financiero son reales. Los objetivos políticos para imponer la derrota y el desplazamiento del Ejecutivo de Tsipras y el sometimiento del movimiento popular griego pasan a primer plano.

Por otro lado, al establecer un plan de 'rescate' a medio plazo —tres años— el Ejecutivo garantiza una mínima estabilidad financiera y económica, bajo supervisión europea, así como consigue el compromiso de reestructurar la deuda pública —sin quita— y dar vía libre al ya anunciado Plan Juncker de inversiones (35.000 millones) para estimular la economía productiva griega. Es una pequeña oportunidad, junto con la legitimidad de Syriza y la determinación de la mayoría social.

Además, es oportuna la idea de Tsipras de que ese designio del plan es injusto y ahora le toca aportar a la oligarquía griega. Es un reequilibrio interno necesario.

¿Qué opciones existían? Syriza y la mayoría de la ciudadanía griega (70%), razonablemente y según diversas encuestas de opinión, están en contra de la salida del euro (Varoufakis, 2015). La victoria del NO en el referéndum, a pesar del amedrentamiento y la tergiversación del bloque del SI al plan de recortes y la extrema dureza de la nueva propuesta europea, no avalaba ese paso sino todo lo contrario: negociar en mejores condiciones para permanecer en el euro. Los

resultados del 62% de apoyo popular han constituido un éxito político y democrático y la mayor legitimación del Gobierno. Su conveniencia política y justificación democrática han sido claras. Era (casi) el último cartucho. El problema es que esa victoria política relativa ha sido insuficiente para desbloquear la fuerte determinación del poder establecido europeo, con todas las armas de estrangulación económica a su disposición. Dicho de otra manera. La sensibilidad democrática de las élites poderosas está bajo mínimos, ha quedado patente su extremada crueldad y autoritarismo, pero la dependencia y la fragilidad económica de Grecia es muy grande.

La salida voluntaria del euro no era la mejor opción, ni la menos mala. Sin una base industrial propia y con la necesidad de importar todo tipo de productos, incluido alimenticios o farmacéuticos, y con una gran deuda acumulada (en euros) y la debilidad fiscal y bancaria, la salida del euro podía provocar no solo un gran empeoramiento inmediato de las condiciones socioeconómicas de la población, sino imposibilitar su desarrollo, al menos, para toda una generación. Todo ello es responsabilidad de la incapacidad modernizadora de las élites económicas y políticas griegas, durante las décadas pasadas, pero es una realidad incuestionable. Además, una salida no pactada de euro, con impago de la deuda pública, acrecentaba el aislamiento internacional y la legitimidad del poder financiero e institucional para arrinconar al pueblo griego. No son asimilables otras experiencias históricas de otros países y épocas. Por tanto, no había condiciones políticas y económicas para hacer viable la salida del euro y la capacidad de amenaza por las consecuencias negativas para la eurozona (que ya había construido cortafuegos) tenían poca credibilidad. Ese sacrificio cierto no era razonable adoptarlo.

La determinación de la mayoría de un pueblo expresada en las urnas ha asestado un duro golpe a la credibilidad social del Consejo Europeo pero, de forma inmediata, esa expresión democrática ha sido incapaz de impedir las medidas de austeridad. Es más, la deslegitimación social y política de su propuesta regresiva y el desafío cívico y democrático que ha supuesto al poder liberal-conservador y sus colaboradores socialdemócratas, han acrecentado la determinación del bloque de poder representado por Merkel de taponar ese agujero de disidencia y resistencia. Ha tratado de neutralizar el instrumento institucional de la mayoría social griega e infringirle un castigo, suficientemente duro y claro, para frenar el descontento popular con la austeridad y la prepotencia de la nueva troika. Su objetivo también ha sido disciplinar a los socios algo remisos como Francia e Italia, asimilar a la socialdemocracia —evidente en el caso del SPD alemán como alumno aventajado— y, sobre todo, impedir el desarrollo de las posibilidades de cambio político en España, como siguiente eslabón importante.

La mayoría del pueblo griego rechazó las duras condiciones exigidas por el Eurogrupo, a pesar de su campaña insidiosa y prepotente, la imposición del 'corralito' y la amenaza de colapso financiero. El referéndum ha sido un ejercicio democrático que ha soliviantado a las élites europeas, poco acostumbradas a tener en cuenta la



voluntad popular frente a la austeridad. Ha permitido una mayor legitimidad del Gobierno de Syriza y una mayor cohesión de la mayoría de la sociedad griega. Y ha hecho más difícil el cumplimiento del programa máximo del poder establecido comandado Merkel. Les ha irritado el no poder deslegitimar socialmente a Syriza y forzar su recambio en el poder institucional. Pero vuelven a intentarlo, y en condiciones de repliegue son fundamentales la lucidez y la cohesión social y política.

La peor opción para el pueblo griego era rendirse y dejarse arrastrar fuera del euro, sometiéndose a una reestructuración económica implacable y un aislamiento político total. Para la mayoría social queda un futuro duro e injusto. Frente a los voceros del establishment ni siquiera está garantizada la superación a medio plazo de la subordinación y la dependencia económica. El bloque de poder liberal conservador está imponiendo un diseño de gestión de la crisis autoritario y antisocial. La Europa alemana esconde la prepotencia y la voracidad de los poderosos respecto de las capas populares.

La ilegitimidad de origen de la deuda pública está clara para la mayoría popular. Como se sabe, e incluso admite el propio FMI, más de dos terceras partes de la misma (90% según la comisión promovida por el Ejecutivo griego) han sido utilizadas para rescatar la deuda privada de los bancos alemanes y franceses. Estaba concedida de forma irresponsable a distintos agentes económicos empresariales en la burbuja de la década pasada y al calor de la implantación del euro con bajos intereses. Además, esa situación se deriva de la irresponsabilidad y la rapiña de esos mercados financieros, junto con la colaboración de las anteriores élites griegas (de la derecha y la socialdemocracia), y su incapacidad para la modernización productiva y administrativa del estado griego, incluso despilfarrando el apoyo económico y financiero europeo desde su integración en la UE (1981).

Pero, para la UE y el FMI, los dos rescates anteriores no eran para salvar a sus bancos sino un ejercicio de solidaridad con el pueblo griego que debía corresponder con su 'responsabilidad', es decir, admitiendo los recortes. Es el mismo argumento divulgado por el poder establecido para imponer sus condiciones más duras, justificarlas en las sociedades europeas para intentar mantener su legitimidad y aislar los argumentos griegos. El objetivo principal de este tercer rescate es el pago de la deuda a los acreedores institucionales, especialmente a los Estados alemán y francés y, en menor medida, italiano y español. La economía griega va a recibir la parte menor y todo a costa de la mayoría del pueblo griego, sin apenas responsabilidad.

La alternativa emancipadora es la derrota de la austeridad, el desplazamiento de las derechas, la defensa de los derechos sociales y laborales y el reequilibrio institucional hacia las fuerzas alternativas y de izquierda. El horizonte es una Europa más social, democrática, solidaria e integrada. Las fuerzas progresistas europeas, particularmente del sur, tenemos una deuda con el pueblo griego y su gobierno. Las élites poderosas han escarmentado en su cabeza la venganza por la indignación y la resistencia que en distintos países se ha generado contra la austeridad y por la democracia. Particularmente, tratan de atemorizar al pueblo español sobre las

expectativas de un Gobierno de progreso donde Podemos, sus aliados y la dinámica de unidad popular tenga un peso o influencia significativo. España, sin tanta fragilidad económica y con un mayor peso social y político, supone un problema mucho más grave que Grecia para el bloque encabezado por Merkel. Junto con Rajoy, uno de los más duros contra Syriza y el pueblo griego, han demostrado su crueldad antipopular y su determinación en bloquear las expectativas de cambio político.

La pugna por los derechos sociales y la democracia va en serio. Es imprescindible la activación democrática de las capas populares del sur de Europa. Dentro de lo malo es mejor el acompañamiento y la solidaridad de los pueblos, también del griego, con un futuro incierto pero con una voluntad unitaria. No se podrán evitar situaciones trágicas y complejas, es necesario el realismo y la estrategia. Pero la opción transformadora también está definida por la cultura clásica griega: ética (igualdad, libertad, justicia), democracia (frente al autoritarismo de las oligarquías), razón (argumentos y convicciones) y épica (resistencia de los débiles frente a los poderosos). Todo ello construyendo un demos europeo solidario.

## 2. La encrucijada de Syriza

El plan impuesto por las instituciones de la UE al pueblo griego es injusto e ineficaz. Su objetivo explícito es asegurar el pago de la deuda pública (la mayor parte, ilegítima) a los acreedores financieros e institucionales. Sus consecuencias directas son el agravamiento de las condiciones económicas y los derechos sociolaborales del pueblo griego, imponiendo una mayor dependencia y subordinación económica sin garantía de recuperación a medio plazo. El poder establecido europeo ha demostrado su determinación antisocial y autoritaria, así como su desprecio a una Europa más democrática y solidaria.

La interpretación de las élites europeas dominantes y la mayoría de medios, con gran cinismo, es que el Gobierno de Syriza ha dado la espalda a su pueblo, ha traicionado sus compromisos electorales y se ha convertido a la política de austeridad. La experiencia griega habría sido una breve ilusión sobre la posibilidad de una estrategia democrática y social diferente a la liberal conservadora dominante. Se confirmaría el mantra posibilista de que ante ese impresionante bloque de poder institucional y financiero no hay alternativa, ni margen de maniobra para explorar otra política. La salida inevitable a la crisis sistémica sería el retroceso de condiciones y derechos sociales y democráticos para las capas populares, especialmente de los países del sur, en una Europa más autoritaria con hegemonía conservadora. Así, celebran la vuelta al redil de Tsipras.

Según críticas también por su izquierda o desde el nacionalismo, Syriza habría abandonado a las capas populares y su compromiso de desafío frente a la Troika. Seguiría la senda de la socialdemocracia, abanderada en esta crisis de los planes de ajuste y recortes sociales y la prepotencia institucional. La izquierda alternativa y unitaria europea, particularmente Syriza y Podemos, verían cerrada su oportunidad para promover el cambio sustancial de las políticas económicas y el marco institucional. En el mejor de los casos, deberían adaptarse a un papel de acompañantes (algo críticos) de la gestión de la socialdemocracia en su colaboración (con solo algunos matices) con las derechas europeas.

Por tanto, son pertinentes varios el interrogantes. En la encrucijada en que los poderes europeos han colocado al Ejecutivo de Syriza: ¿hay una capitulación estratégica?; ¿cuál es el contexto y el sentido de su acuerdo?; ¿qué relación tiene con su proyecto transformador?; ¿va a conseguir suficiente cohesión social y política de las fuerzas progresistas y de izquierda para continuar a medio plazo con la resistencia contra la austeridad y por la democracia y la solidaridad europea? Sus respuestas son fundamentales para una perspectiva transformadora. Veamos algunos hechos relevantes.

El Gobierno de Syriza ha acatado el plan, aun considerándolo negativo, bajo la amenaza de la expulsión del euro (y la eurozona) con riesgos de mayor

desarticulación económica y sufrimiento popular. El consentimiento gubernamental es a un mal menor, dentro de una situación extrema y con un enfoque trágico, tal como hemos explicado antes.

El plan ha recibido el apoyo de una amplia mayoría parlamentaria. Al grueso de Syriza (110 diputados a favor, 32 en contra, 6 abstenciones y 1 ausente), partidario del NO en el reciente referéndum (62%), se ha sumado la oposición perdedora del referéndum (la derecha de Nueva Democracia, el socialista PASOK y el centrista-liberal To Potámi), defensora del SI (38%). En la votación de la segunda parte del plan, el día 22 de julio, tres diputados de Syriza cambian de posición y aprueban las nuevas medidas, entre ellos el exministro de Finanzas, Varoufakis (2012). Según sus declaraciones pretende contribuir a la unidad de Syriza pues así el Gobierno griego logrará “ganar tiempo para organizar una mejor resistencia al autoritarismo”. Todo ello a pesar de su valoración sobre algunos errores importantes dentro del proceso de negociación.

Aun así, es grave la fractura de la quinta parte de diputados de esta formación, opuestos al acuerdo; su reducción o su ampliación, junto con la base social que representa, y la conformación de un nuevo consenso interno, van a influir en el reforzamiento o no de la izquierda griega y su capacidad para articular este proceso, más ante la eventualidad de unas elecciones anticipadas.

No obstante, en esa situación, la mayoría de la sociedad griega se muestra comprensible con la dirección de Syriza. Según un sondeo publicado el sábado 18 de julio en el diario griego de izquierdas *Efimerida ton syntakton*, el 70% de los griegos avala un acuerdo con la UE aunque implique medidas duras; por el contrario, solo el 24% de los encuestados prefiere la salida del euro. Por otra parte, el apoyo social al Gobierno de Syriza, a pesar de sus concesiones (que admiten ellos mismos y reconoce el 83% de la población), se ha incrementado ligeramente. No se ha producido un descenso de su legitimidad, sino que ha aumentado su intención de voto hasta el 42,5% (más de seis puntos, desde el 36,3% de las elecciones de enero). En el caso de elecciones anticipadas en ese momento hubiera alcanzado mayoría absoluta con 164 escaños de 300 (frente a los 149 actuales). Pero, además, la conservadora Nueva Derecha se queda en la mitad de votos (21,5%), cayendo más de seis puntos (desde el 27,8%), y el PASOK que había obtenido un 4,6% no levanta cabeza.

Ante el nuevo plan del Consejo Europeo los posicionamientos políticos han variado respecto al alineamiento en el reciente referéndum. Por una parte, se ha abierto una grieta en la izquierda gobernante, Syriza, y su base de apoyo. Por otra parte, aparece una posición común con los partidos perdedores en la consulta, que defendían y defienden la estrategia europea de austeridad y representan al poder establecido y el consenso liberal-conservador y socialdemócrata europeo. Sin embargo, esa unidad es relativa. Los motivos del apoyo al acuerdo impuesto de las dos partes enfrentadas hasta el reciente referéndum y, sobre todo, la valoración del mismo y su vinculación con una estrategia global son muy diferentes.

Como se ha avanzado, el primer ministro Tsipras reconoce que este plan es regresivo y no soluciona, sino que puede agravar, los problemas estructurales de la economía y la sociedad griegas. Syriza ha movilizadod todas sus capacidades sociales, políticas e institucionales contra los planes de austeridad, incluida la última batalla del referéndum. Pero la afirmación democrática de toda una sociedad y su soberanía nacional no han podido impedir la imposición de las instituciones europeas. El pueblo griego ha dado una gran prueba de dignidad y democracia. Con su rotundo rechazo al plan del Eurogrupo han desenmascarado el carácter autoritario y antisocial de las élites europeas dominantes. Además, ha generado unas condiciones políticas, una mayoría social contra la austeridad y la imposición europea y una fuerte legitimidad del Gobierno de Syriza, que permiten frenar la dinámica destructiva, económica y política, de la nueva Troika. Esa tregua era imprescindible para recomponer fuerzas, dinámicas y condiciones más ventajosas para la mayoría del pueblo griego.

Ante esos límites propios para vencer al bloque encabezado por Merkel, la aceptación del acuerdo posterior era conveniente para obtener esa mínima estabilidad económica, mantener la hegemonía de la izquierda griega en este proceso y apostar, con tiempo, por la activación de las fuerzas progresistas europeas tras otro modelo más social e integrador. Se trata de frenar el aislamiento total y poder continuar con la perspectiva estratégica de derrotar el austericidio y la prepotencia del bloque liberal-conservador. La salida del euro y la eurozona, impuesta por la UE, según pretensiones alemanas, agravaba esos problemas y no suponía una alternativa realista, en las actuales condiciones económicas, sociales y políticas. Tampoco era solución una salida voluntaria y no pactada, según las opciones de algunos sectores griegos, de izquierda, nacionalistas o de derecha. Precisamente, lo que se ha visto como dificultad inmediata para vencer al bloque de los poderosos son los límites de la soberanía nacional, incluso habiendo movilizadod todos los resortes políticos, y la poca capacidad autónoma de un Estado débil en lo económico, aislado en lo institucional y muy dependiente financieramente.

Como bien admite ahora Varoufakis lo que ha hecho la dirección de Syriza es un repliegue necesario para organizar la resistencia popular contra esa imposición antisocial. Es decir, la aceptación gubernamental de esas medidas no implica asumir la estrategia europea dominante, a diferencia de los otros tres partidos de la oposición que han apoyado el plan. No hay un discurso embellecedor del acuerdo, ni una capitulación estratégica, para convertirse en meros gestores de los recortes sociales impuestos. Por el contrario, Syriza mantiene la determinación de seguir oponiéndose a esa dinámica y sus consecuencias y posibilitar un cambio del equilibrio de poder en el marco europeo, sumando fuerzas progresistas. En ese sentido, la actuación y la estrategia de Syriza es muy distinta a la del PASOK (y del PSOE de Zapatero en su día) de acatar, gestionar y legitimar esa política europea liberal conservadora.

La socialdemocracia europea ha estado comandada por el SPD alemán, a la vanguardia en la exigencia de sacrificios al pueblo griego. Particularmente su gestión gubernamental en los países del sur, incluyendo la Italia de Renzi y la Francia de

Hollande, ha sido incapaz de diseñar y llevar a cabo una política alternativa a la del grupo de poder representado por Merkel y el Gobierno alemán de coalición. No significa solo impotencia para elaborar un discurso progresista diferenciado con suficiente credibilidad pública y sin quedarse en algunos gestos retóricos distintos. Demuestra falta de voluntad para oponerse a la orientación política y económica impuesta por el bloque liberal conservador y el poder financiero. Supone no distanciarse críticamente del actual poder establecido y sus políticas antipopulares y autoritarias. Explica su abandono de una estrategia, una actuación política y de alianzas que apueste por un cambio sustancial en la construcción social, solidaria y democrática de la UE. Esa falta de oposición práctica, programática y discursiva de los partidos socialistas respecto de las derechas hegemónicas les condena a una posición subordinada. Así no pueden encabezar la indignación cívica y la resistencia popular contra la austeridad y por la solidaridad y la democracia. En la encrucijada europea no constituyen una alternativa y están sometidos a una crisis permanente de identidad respecto de las derechas y el poder económico (Antón, 2013).

En definitiva, Tsipras y el grupo dirigente de Syriza tienen el reto de desarrollar, en condiciones más difíciles, una estrategia alternativa para Grecia. Su orientación es desacreditar los planes de recortes sociales y la prepotencia de las instituciones de la UE, dentro y fuera de su país, y permitir una reorientación de la política socioeconómica y la construcción europea. Es una tarea compartida con las fuerzas progresistas, especialmente en el sur europeo. En particular supone un desafío para Podemos y la dinámica popular en España para conseguir el cambio político y afrontar con determinación un nuevo horizonte frente a la hegemonía conservadora. En la actual encrucijada europea la opción estratégica más realista y justa sigue siendo la derrota de la austeridad y el avance hacia una Europa más social, democrática e integradora (Antón, 2015).

### **3. La readecuación estratégica de Syriza**

La imposición por el Eurogrupo a la sociedad griega del memorándum con un nuevo e injusto plan de recortes, así como las respuestas del Gobierno de Syriza y el pueblo griego, han mostrado claramente varias enseñanzas para las izquierdas y fuerzas alternativas. La consideración de este retroceso es fundamental para reajustar una estrategia emancipadora de cambio socioeconómico y político-institucional: la naturaleza del poder económico e institucional europeo y mundial (la Troika), y los límites de las fuerzas progresistas griegas y europeas para hacer frente a la tremenda desigualdad de poder y defender las demandas populares. Significa otra etapa en la sinuosa pugna por el cambio social y político en el sur de Europa y en el reajuste de las estrategias, alianzas y ritmos para la reforma progresista de una Europa más social, democrática y solidaria frente a la estrategia liberal-conservadora, regresiva y autoritaria (Flores, 2016).

Ante el poderío y la prepotencia de las instituciones europeas, dirigidas por el Gobierno alemán, y la ofensiva del poder económico y financiero, se han mostrado dos hechos: por un lado, la amplia legitimidad popular de la oposición a la estrategia neoliberal de la austeridad y los recortes sociales; por otro lado, la insuficiencia de los instrumentos democráticos y políticos griegos y la limitada capacidad movilizadora y solidaria del resto de las capas populares del sur (y centro) europeo para superarla en el actual contexto. En Grecia, el valiente desafío de su gobierno democrático y de izquierdas, la fuerte movilización popular contra los retrocesos sociales y la pérdida de derechos y la amplia deslegitimación de los planes europeos de recorte, expresados por la voluntad de cerca del 62% de la ciudadanía griega (el 85% entre los jóvenes) han sido incapaces de echar atrás los planes regresivos del establishment europeo que han redoblado su apuesta destructiva.

Se ha desencadenado una dinámica ambivalente ante un conflicto abierto y frontal. Las fuerzas críticas y de izquierda, el conjunto del pueblo griego, a pesar de su firme voluntad transformadora, han fracasado en el objetivo de impedir la continuidad de la austeridad y la subordinación institucional a la nueva Troika. Han reforzado su dignidad y su cohesión sociopolítica, han salvado la credibilidad popular y la capacidad representativa de la actuación de Syriza y han infringido un fuerte cuestionamiento a la legitimidad social y democrática a las fuerzas liberal-conservadoras y el poder financiero. Pero, han tenido que acatar la aplicación un amplio plan regresivo, injusto e ineficaz, como opción impuesta y menos mala, antes que permitir, dados los escasos recursos disponibles, el sometimiento del pueblo griego a un Grexit impuesto. Ello suponía un mayor ajuste interno y sufrimiento popular y una importante crisis social derivada de la desarticulación socioeconómica, el ahogamiento financiero y la marginación político-institucional, medidas dispuestas a emprender por el Eurogrupo y la Troika (Galbraith, 2015; Navarro, 2015).

Esta experiencia ha puesto en evidencia, en primer lugar, la posibilidad o no de la existencia de una fuerza progresista y de izquierdas con responsabilidad institucional en un país débil y periférico ante la fuerte hegemonía del bloque liberal-conservador (con apoyo socialdemócrata) en las instituciones comunitarias y los principales países europeos. La respuesta de la dirección de Syriza, antes del abandono de su responsabilidad institucional hacia una posición exclusivamente de oposición política y de protesta social, ha sido que es posible y positivo continuar su función articuladora y representativa de la ciudadanía con una gestión ambivalente, sometida a la voluntad democrática de la sociedad. Por un lado, aplicar recortes impuestos, y, por otro lado, paliar sus peores consecuencias, preservar condiciones y fuerzas sociales y políticas que permitan revertir esa política regresiva, aumentar su legitimidad ciudadana y sus aliados, dentro del país y en el marco europeo, y apuntar a un cambio de modelo social y productivo, más justo.

En segundo lugar, partiendo del realismo en el análisis de los condicionamientos estructurales y las fuerzas disponibles, han debido redefinir las opciones estratégicas y el camino prolongado y tortuoso a recorrer. Las dos perspectivas existentes son problemáticas y hay que reelaborar otra orientación estratégica.

Primera, el continuismo institucional europeo, dominado por las derechas, con la estrategia de austeridad como consolidación de la subordinación popular, la salida lenta y regresiva de la crisis con retroceso de los derechos sociales y laborales y el refuerzo de la hegemonía del bloque conservador representado por el Gobierno de coalición presidido por Merkel, con mayor autoritarismo institucional y debilitamiento de la participación democrática y las dinámicas populares progresistas.

Particularmente, para el sur europeo y en el medio plazo, dado el mayor impacto de la persistencia de la crisis sistémica, es una dinámica insostenible: agrava las brechas sociales, entre el norte y el sur y en el interior de los países, prolonga el bloqueo de la imprescindible modernización económica y productiva, debilita la confianza ciudadana en unas instituciones comunitarias y sistemas políticos que imponen una dinámica regresiva y amenaza la continuidad del euro y la actual configuración de la UE.

El anterior proyecto europeo de mayor integración solidaria, estabilidad política y progreso social, económico y democrático se ha ido agotando. Las políticas neoliberales y autoritarias puestas en marcha que favorecen, sobre todo, a los mercados financieros y las viejas cúpulas económicas y políticas, deterioran la credibilidad social de las instituciones comunitarias. La estrategia liberal-conservadora busca con su ofensiva un reequilibrio del poder en beneficio de los poderosos y el debilitamiento de los componentes sociales y democráticos del modelo europeo hacia una UE más desigual, fragmentada e injusta.

La segunda perspectiva, puesta de manifiesto abiertamente, es la salida forzada de la eurozona o el euro de Grecia (u otros países periféricos). Tiene dos variantes. Una, impuesta por las instituciones europeas, como chantaje del poder establecido, para



hacer pasar a los países deudores por un proceso de profunda disciplina socioeconómica. Supuestamente, para que garantice el pago de la deuda a los acreedores, subordinando el crecimiento económico del propio país y sus derechos democráticos y sociales. Supone un empobrecimiento inmediato para las capas populares, con un probable agravamiento de la crisis social y un mayor control europeo, casi un protectorado, sin superar la dependencia económica e institucional.

Otra variante de la salida del euro sería la voluntaria (y no pactada), con la convergencia de fuerzas radicales y nacionalistas de izquierda y derecha, aunque con objetivos distintos. No se han estudiado detalladamente sus efectos. No obstante, lejos de favorecer un proceso liberador de las cadenas impuestas por la UE y los mercados financieros, la dinámica más probable con el Grexit (deseada por el sector más derechista y conservador del establishment europeo y alemán) sería el aumento de la dependencia y la destrucción económica y productiva, mayor sometimiento popular al poder europeo y mundial, agravamiento de la crisis social y debilitamiento de fuerzas alternativas, aun con mayor soberanía formal y autonomía en algunas áreas menores.

Esta opción de expulsión o salida del euro en un país frágil económicamente, con gran dependencia financiera, comercial y productiva, y débil en su capacidad política y su eficiencia administrativa, no contempla suficientemente la gran dificultad impuesta por los mecanismos de aislamiento político-institucional y la capacidad de desarticulación financiera, económica y social del poder establecido. En Grecia todavía existen la inercia institucional y el impacto social de unas estructuras económicas sin la suficiente modernización, una trayectoria antisocial y corrupta de su oligarquía, una impotencia corporativa de su aparato administrativo y estatal y una configuración de sus viejas élites políticas y económicas, incompetentes, autoritarias y nada patrióticas. Y en la coyuntura de esta última década, el sobredimensionamiento de la deuda pública en euros, derivada, sobre todo, de la socialización impuesta de riesgos y pérdidas del sector financiero alemán y francés, junto con la corrupción de sus élites. Todo ello, tal como sigue temiendo la mayoría del pueblo griego, derivaría en un agravamiento de la crisis social y humanitaria, con mayor dependencia exterior.

Por otro lado, esta posición sobrevalora las capacidades internas de la sociedad griega y su articulación política para soportar el aislamiento internacional y el boicot de sus élites económicas y burocráticas y poder avanzar en esa solución autónoma. Embellece la disponibilidad y la cohesión del pueblo griego para iniciar un camino, según la opinión mayoritaria, con mayores riesgos que oportunidades. Así, los partidarios de esta opción interpretan arbitrariamente que el casi 62% del NO en el referéndum, que a propuesta del Ejecutivo rechazó el plan inicial del Eurogrupo, podría apoyar esa opción rupturista, y el impedimento sería la 'traición' del grupo dirigente de Syriza.

No obstante, esa oposición popular mayoritaria a los planes de recorte, expresada en el referéndum, no significa mecánicamente el apoyo ciudadano a esta opción de

sangre, sudor y lágrimas, de futuro incierto y enfrentada a la izquierda gobernante. Al contrario, más de dos tercios de la población siguen pronunciándose contra la salida del euro. Una parte de ellos, la base social de la derecha, respalda el plan europeo. Pero la mayoría, la base social de Syriza, ven injustos los recortes, consideran necesario arbitrar mecanismos para suavizar su aplicación y neutralizar sus peores efectos sociales, incluso organizar la resistencia social contra ellos hasta conseguir su derogación; pero combinan esa actitud con la aceptación de que, en el contexto actual, son de obligado acatamiento institucional... hasta que sea posible darles la vuelta.

Esa amplia actitud ambivalente es, al mismo tiempo, realista y transformadora, de reafirmación en la justicia social, la democracia y la capacidad de cambio. Frena la simple adaptación al marco impuesto o la colaboración activa con la involución socioeconómica y política y también evita la frustración y el derrotismo. Es significativa la existencia de esa amplia conciencia social. Constituye la fuente de legitimidad del Gobierno de Tsipras y afianza los fundamentos de su nuevo programa para las elecciones generales: impedir una gestión institucional más estricta y autoritaria por parte de la derecha griega; evitar la consolidación de una oligarquía reaccionaria y corrupta, responsable del atraso, la dependencia y la desigualdad de sus estructuras económicas; oponerse con firmeza a la aplicación más regresiva del memorándum europeo; arbitrar la reestructuración y la quita de la insostenible deuda pública (por cierto, aceptada en un 20% por los organismos internacionales para Ucrania); habilitar un programa de emergencia social, y ampliar su propia base social y promover una dinámica de cambio político e institucional en la eurozona, particularmente en el sur, que fuerce el abandono de la austeridad y este tipo de rescates regresivos.

#### **4. El pueblo griego decide**

A Tsipras y el núcleo dirigente griego se le hacen dos tipos antagónicos de críticas. Por un lado, a sabiendas de la gran desigualdad de poder y la determinación del bloque conservador y la nueva Troika, le acusan de que haya elegido una estrategia de defensa de los derechos sociales y democráticos de su pueblo. Su error consistiría en su firmeza negociadora y el estímulo a una amplia participación popular, incluida la convocatoria del referéndum con el apoyo masivo al NO frente a la Troika. Los portavoces conservadores y socialdemócratas han descalificado esa posición como estrategia de 'conflicto', cuando, según ellos, los representantes griegos deberían haber adoptado desde el principio la actitud posibilista del acatamiento de las reglas del poder y la subordinación al dictak neoliberal.

En su opinión, esa firmeza opositora, esa 'intransigencia' griega, ha sido merecedora de una reacción airada y prepotente del núcleo dominante en el Eurogrupo. En ese sentido, esos portavoces justifican el castigo adicional promovido por el poder liberal-conservador como merecido y necesario para forzar el sometimiento de la mayoría social griega disidente. Además, trasladan la responsabilidad de ese forzado retroceso a las propias víctimas de los recortes y al propio Gobierno de Syriza, por su 'error' de reclamar justicia social y democracia.

La moraleja del discurso dominante es clara: lo posibilista y lo conveniente es la adecuación y la sumisión, desde el primer momento, a la estrategia regresiva y al poder liberal-conservador; la indignación cívica y la resistencia popular son contraproducentes o, cuando menos, inútiles; la disciplina del pueblo rebelde y la marginación de los disconformes son merecidas. En definitiva, las élites poderosas imponen los recortes sociales y económicos a la mayoría popular, de forma autoritaria, promueven el aislamiento político y el desalojo institucional de sus representantes, e intentan afianzar la credibilidad pública de su discurso y su gestión desacreditando cualquier alternativa progresista.

Por otro lado, está el discurso crítico de la Plataforma de Izquierda, el ala más a la izquierda escindida de Syriza, con el nuevo nombre de Unidad Popular (25 diputados). El grupo mayoritario es la Corriente de izquierdas, marxista, aunque existen otros grupos menores, algunos de carácter trotskista —dos diputados— o maoísta —cuatro diputados—. A ello hay que añadir el Partido Comunista Griego (KKE), firme partidario de la salida del euro y opositor al gobierno, cuya posición del doble NO en el referéndum (voto nulo) se quedó en apenas un 1% de apoyo popular (la gran mayoría de su electorado, hasta el 6,5%, apoyó la propuesta gubernamental). Ambas partes negociaron, sin éxito, un frente común electoral por la anulación del acuerdo con el Eurogrupo y la salida del euro.

Recientes encuestas ratificaban la opinión del entorno del 70% de la población que se oponen a la salida de la eurozona, teniendo en cuenta que en la cuarta parte restante, además de los que no opinan, hay un bloque significativo de sectores

nacionalistas de derecha y de extrema derecha. Tenemos, por un lado la incertidumbre de ese futuro y, por otro lado, lo reducido del apoyo popular progresista a esa opción. ¿Con qué fuerza se emprendería ese camino tan duro y peligroso? No es legítimo ni realista asociar el cerca del 62% de apoyo ciudadano al NO al plan inicial del Eurogrupo con un supuesto apoyo incondicional al rechazo del Gobierno, el incumplimiento del acuerdo y la salida del euro.

Las primeras encuestas demoscópicas de fin de agosto, tras la escisión de Syriza y la convocatoria de elecciones generales para el 20 de septiembre (ver diario *Efimerida Ton Syntakton*), dan como ganador a Syriza (129 diputados, con los 50 adicionales por ser la primera fuerza), con una ventaja significativa sobre la derecha de Nueva Democracia (75 diputados). A pesar del impacto de la división de la nueva Unidad Popular (11 diputados), que le haría perder la expectativa de mayoría absoluta, Syriza mantendría la mayoría relativa. Los porcentajes de estimación de voto estaban entre el 23% y el 26% para Syriza y unos dos puntos menos para Nueva Democracia. Es decir, existía casi un empate técnico y con todavía una cuarta parte de indecisos que, con una distribución normal, situarían a ambos, izquierda y derecha, en torno al 30% y a Unidad Popular con el 5%; o sea, el anterior electorado de Syriza del 36% se mantiene, aunque repartido en esas dos opciones, y por debajo de las proyecciones de julio, antes de la división.

Esa diferencia representativa entre izquierda y derecha, aunque pequeña y favorable a Syriza, es crucial y tiene un gran impacto en la composición parlamentaria al adjudicarse al ganador un plus de cincuenta diputados (norma aprobada por el bipartidismo anterior para garantizar 'su' gobernabilidad y que ahora favorecería a Syriza). Al contrario, de confirmarse esta hipótesis de cierto empate, la disminución de ese 5% partidario de Unidad Popular en el cómputo global de Syriza podía hacer peligrar su mayoría relativa frente a la derechista Nueva Democracia que podría acceder a comandar el Gobierno. Y con ese suplemento adicional de diputados y la alianza con el Pasok y el centrista To Potami (Río) conseguir mayoría absoluta, precisamente para las fuerzas perdedoras del referéndum, con el 38% para el SI.

Para el establishment griego y europeo, la garantía de ganar pasaba por conseguir la derecha la mayoría. Es difícil la alianza electoral previa con las tres formaciones (Nueva Democracia, Pasok y Río-To Potami) del consenso liberal-conservador-socialdemócrata de la UE, pero era probable su acuerdo postelectoral, en el caso de mayoría relativa de la derecha. Tal como pretendían las instituciones europeas, sería su solución para aplicar 'consecuentemente' el memorándum y desalojar definitivamente del panorama griego (y europeo) una alternativa progresista y de izquierdas con influencia y responsabilidad gubernamental.

Esa hipótesis de nueva hegemonía institucional del bloque del SI al plan regresivo del Eurogrupo, representante directo del poder europeo y el consenso conservador-socialdemócrata de la austeridad, constituiría un fracaso adicional para Syriza y las fuerzas transformadoras. La separación de la Plataforma de Izquierdas, como aventuraba Varoufakis, sería contraproducente, y se fortalecería la involución

socioeconómica y democrática en Grecia y en Europa. La valiente opción democrática de Tsipras, de dar la voz al pueblo, permitiría el resultado, tras esa división, del desalojo del poder gubernamental de una izquierda transformadora superadora de la socialdemocracia. Tendría evidentes implicaciones negativas para España y el resto de formaciones europeas progresistas y de izquierda, junto con una gran autoafirmación conservadora. Los resultados electorales de Grecia, el grado de apoyo popular a las distintas opciones, iban a suponer un antes y un después y el comienzo de una etapa cuyo sentido estaba por ver.

Los porcentajes de estimación de voto del resto de grupos no varían mucho: la extrema derecha de Amanecer Dorado, el Partido Comunista, el Pasok y el centrista Río, se mantienen cada uno de ellos con poco más del 5% y una quincena de diputados. Y la nueva Unidad Popular, como se ha dicho, alcanzaría en torno al 3,5%. Los nacionalistas Griegos Independientes, coaligados actuales del Gobierno, se quedarían fuera del parlamento al alcanzar solo el 2%, menos del mínimo del 3%. Todo ello contando con la adjudicación pendiente de la cuarta parte de indecisos que, en estos casos, podría revertir entre uno y dos puntos porcentuales más.

Es decir, los partidarios de izquierda del incumplimiento de los acuerdos con la UE y la salida de la eurozona llegarían solo a poco más del 10% de la población; mientras, sumados los distintos grupos de derecha y extrema derecha, que no crecen, partidarios también de la salida del euro, llegarían igualmente al 10%. Estos datos complementan la existencia de esa amplia mayoría del 70% que rechaza la salida del euro aunque, unos más y otros menos, conlleve el acatamiento a los recortes impuestos por el Eurogrupo. Y expresa, mejor que la interpretación interesada del NO del 62% de los votantes en el referéndum, la representatividad de cada fuerza política y sus opciones programáticas para gestionar el futuro de Grecia.

Por otra parte, dada la oposición de la dirección de Syriza a los acuerdos postelectorales con este bloque dirigido por la derecha (y, por supuesto, con la extrema derecha), en caso de ganar y no obtener la mayoría absoluta quedaba abierta la remota posibilidad de pactos con la izquierda más extrema, ahora escindida y/o el KKE, que ha anunciado su oposición a Syriza y veríamos si a costa de no impedir el Ejecutivo de la derecha. O bien, si el actual socio de Griegos Independientes se quedaba fuera del Parlamento, cabría la exploración de un acuerdo con el centrista Río (To Potami), el menos contaminado con la gestión regresiva, el autoritarismo y la corrupción de los anteriores gobiernos del Pasok y Nueva democracia.

O sea, la dificultad de acuerdos con los otros tres bloques (derecha, ultraderecha e izquierdista) hace imperiosa la apuesta de Syriza por un gobierno autónomo y estable, con suficiente mayoría parlamentaria, para dirigir esa doble y compleja política. La convocatoria de elecciones anticipadas es un acto arriesgado de valentía y democracia para someter al pueblo griego las distintas opciones y revalidar o no la opción de Syriza por una gestión realista pero ambivalente junto con una estrategia transformadora y democrática. Pero las opciones estaban abiertas y tiene gran

trascendencia para el futuro inmediato si la mayoría popular griega se inclina por una o por otra alternativa.

## 5. La particularidad de la realidad griega

Se han utilizado algunas comparaciones de la realidad griega actual con otras situaciones históricas. Existen elementos comunes pero, sobre todo, hay que resaltar la especificidad de la situación concreta de esta experiencia en el actual marco europeo y mundial. El problema no es solo analítico sino, sobre todo, de elaboración estratégica, implementación de dinámicas políticas y legitimación de los distintos actores. La actual encrucijada griega (y del sur europeo) es distinta a otras realidades históricas a las que se la ha asociado desde ópticas de izquierda: la paz impuesta del Tratado de Versalles (imposición leonina de los vencedores anglo-franceses al Gobierno alemán perdedor de la Iª Guerra mundial, inter-imperialista, sin capacidad de respuesta inmediata); el pacto de Brest-Litov (la paz de la Rusia soviética, en 1918, que ofrece concesiones territoriales al Estado agresor alemán, con un poderío mermado, para ganar tiempo y recomponer inmediatamente la economía y el estado socialista); la dinámica de resistencia popular antifascista del periodo de entreguerras (incluida la versión gramsciana de la guerra de posiciones y de movimiento); la prolongada lucha antiimperialista, especialmente de América Latina, o, en fin, el desarrollo progresivo y reformista, de orientación keynesiana, promovido por la izquierda democrática europea en las tres décadas 'gloriosas' posteriores a la IIª Guerra mundial.

El análisis de la nueva realidad y la elaboración de una teoría social y política adecuada suponen un reto para las formaciones alternativas, progresistas y de izquierda. Se puede decir aquello de que 'no hay mal que por bien no venga', si las dificultades y la complejidad de la dinámica emancipadora actual se convierten en un acicate para la renovación teórica y la profundización estratégica y democrática. El discurso socialdemócrata actual, con su justificación social-liberal de tercera vía y su incorporación al establishment y sus políticas, ha llevado a un callejón sin salida, incluso a la irrelevancia, a las dinámicas igualitarias frente a los planes y discursos conservadores; su leve reformismo progresista y la defensa solo retórica de un ambiguo modelo social europeo no les distancia suficientemente de la derecha.

Por otro lado, el viejo discurso izquierdista de la inminencia revolucionaria no cuenta con suficiente apoyo popular ni tampoco es demasiado útil para impulsar procesos reales de movilización social y superación del capitalismo y la Troika y abrir un camino emancipatorio e igualitario en Europa. En este sentido, para un sector izquierdista, estarían dadas las condiciones 'objetivas', con una fuerte capacidad y disponibilidad popular para vencer al bloque de poder liberal-conservador, y solo faltaría la voluntad de su representación política que lo ha impedido. Su conclusión es la necesidad del desenmascaramiento de esa supuesta traición, convirtiendo al Gobierno de Syriza en un enemigo que ha frenado el proceso de radicalización y victoria popular sobre el capitalismo financiero y la Troika. Es la clásica argumentación irreal y sectaria de la tradición estalinista.

La consecuencia directa de esa posición no es avanzar en la mejora de las condiciones de la sociedad griega, sino infringir un mayor desgaste y polarización con Syriza, a la que se considera el obstáculo principal para la radicalización popular y conseguir un mayor peso institucional propio. Se trata del típico 'izquierdismo', alejado de la compleja realidad, sin ver un interés común de cómo aminorar los efectos destructivos del plan de rescate y buscar su reversibilidad con una amplia alianza progresista en Grecia y el resto de Europa. O sea, no resuelve el cómo mantener fuerzas sociopolíticas sustanciales y operativas para resistir esta ofensiva regresiva de la nueva Troika, implementar avances sustantivos para los sectores vulnerables y garantizar un apoyo popular y una mayoría representativa de las formaciones de izquierdas para evitar la vuelta de la derecha y la consolidación del poder establecido.

La experiencia del Partido comunista griego (KKE) en el referéndum con un seguimiento del 1% a sus propuestas (y, desde luego, sin ninguna legitimidad para representar nada del 62% del NO), ha demostrado su incapacidad de recoger la amplitud de la dinámica de oposición a la estrategia de la U.E. Incluso sumadas sus expectativas electorales a las de Unidad Popular, escindida de Syriza y partidaria de un frente común con él, ambos alcanzarían poco más del 10% del electorado griego. Escasa representatividad y legitimidad social para emprender el arduo camino de la salida del euro o denunciar a Syriza como culpable del engaño masivo de la ciudadanía griega y colaborador de su opresión.

Por tanto, no es válido el pseudo-reformismo europeo, supuestamente progresivo o socialdemócrata pero aliado de la derecha, ni la ingenuidad europeísta, con la confianza ciega en la bondad de unos buenos socios, cuando están subordinados al poder conservador y de los mercados financieros. Es necesaria la lucidez en la crítica a las deficiencias estructurales de la U.E., a su carácter regresivo con el aumento de la desigualdad y las brechas sociales, productivas e institucionales entre norte y sur y dentro de los países.

Al mismo tiempo, entre la población europea se ha ido diluyendo la valoración de que la pertenencia a la UE es una posibilidad cierta de avance en la cohesión social y democrática y una oportunidad clara para el desarrollo económico-productivo. No se trata de la opinión de las corrientes anti-europeístas y xenófobas de derechas que instrumentalizan algunos sentimientos populares y todavía quisieran más dinámicas regresivas y autoritarias. Sino que expresa la percepción crítica de amplias capas populares hacia el establishment y las elites poderosas que monopolizan la construcción de la U.E (Innerarity, 2015). El motivo es el abandono por éstas de su función social y representativa, su gestión autoritaria a medida del poder financiero e institucional y su aval al mercado y las oligarquías reaccionarias, en su competencia con otros bloques político-económicos.

Tampoco es oportuno el aislacionismo, pensando en la irrealidad de una sociedad cohesionada contra la UE y el euro, y con dispositivos suficientes (el estado soberano) para evitar el estrangulamiento económico-financiero y la crisis social y humanitaria impuesta. No hay que infravalorar la posibilidad de que la capacidad destructiva y las



consecuencias negativas para la mayoría del pueblo griego todavía podrían empeorar. La rebeldía política e institucional, el reto a la total hegemonía conservadora-socialdemócrata (rota parcialmente en Grecia) ha merecido un castigo adicional para enterrar las expectativas emancipadoras. La tarea es, por tanto, de reforzamiento de la dinámica alternativa de cambio.

## **6. El reajuste analítico y programático alternativo**

La imposición regresiva del Eurogrupo al pueblo griego es una 'guerra' económico-financiera (como dice Varoufakis) y, además, político-institucional. Solo que no es una guerra equilibrada de dos partes similares en la contienda. Las posiciones de partida del poder económico e institucional son muy desiguales. La base de legitimidad social y democrática, cierta hegemonía política y cultural, puede ser más equilibrada o favorable para las fuerzas transformadoras. No obstante, no es buena metáfora hablar de 'guerra' (o lucha de clases). La realidad es que se trata más bien una ofensiva arrolladora del bloque de poder neoliberal con gran desproporción de fuerzas frente a una limitada capacidad defensiva, de articulación social o de resistencia popular de las fuerzas alternativas. Existe una relativa capacidad representativa y legitimidad ciudadana, pero con un poder institucional pequeño y sin control de los recursos económicos y financieros.

En estos años, la indignación popular y la protesta social progresista han sido masivas, han generado una pugna sociopolítica y cultural por la legitimidad social o la hegemonía política y apuntan a un cambio socioeconómico y político sustantivo. Pero el combate se ha vuelto más duro cuando se han empezado a disputar posiciones de poder político-institucional y reequilibrios significativos en el poder económico, basados en la justicia social y la democracia frente al autoritarismo y el monopolio oligárquico.

El acceso de dinámicas alternativas a parcelas de poder institucional (municipal y autonómico), incluso en el área gubernamental, sin una profunda y persistente movilización social y una cualificada mayoría representativa, es un paso necesario e imprescindible, pero es el comienzo de la pugna más dura y abierta por el control del poder real, estatal y, sobre todo, europeo y de la capacidad regulatoria de los mercados. Es el momento actual de Grecia y el posible en España si Podemos y las fuerzas críticas y alternativas obtienen suficiente peso representativo para constituir o condicionar un Gobierno de progreso. Pero supone un cambio de ciclo respecto de las dinámicas dominantes este último lustro de combate sociopolítico democratizador y contra la gestión regresiva de la crisis.

Los grandes poderes financieros, con una frenética dinámica especulativa de acumulación de beneficios, han sido los culpables de la crisis económica-financiera y en vez de asumir sus costes y pérdidas los trasladaron a los Estados mediante la conversión de las deudas privadas en públicas. Luego los gobiernos, sobre todo periféricos, y las instituciones comunitarias aplicaron la austeridad a la mayoría de las sociedades del sur para asegurarse el pago a los acreedores. Y de paso, ambos poderes refuerzan su hegemonía impulsando la pérdida de derechos sociolaborales y la contención de los movimientos progresistas y de izquierda. La gestión y la salida liberal-conservadora de la crisis consisten en estabilizar ese orden socioeconómico, más desigual y de subordinación popular, consolidar su hegemonía política, con una

mínima legitimidad democrática y el apoyo de sectores acomodados y conservadores. Tratan de garantizar una dinámica institucional europea, un modelo de UE —la Europa alemana—, con predominio de los mercados y la derecha conservadora, la colaboración de los aparatos socialdemócratas, el sometimiento de los países del sur y la subordinación de las capas populares (Antón, 2013).

Por tanto, solo cabe un proceso prolongado de resistencia firme, una estrategia de reformismo fuerte, de transformaciones cualitativas, sin descartar retrocesos, con una perspectiva inmediata de cambio político e institucional y un horizonte de transformación económica y política igualitaria y democratizadora en una Europa más justa y solidaria.

No obstante, los ritmos y la profundidad de las tendencias de cambio institucional en los distintos países europeos son distintos. Pueden apuntar al mismo objetivo de condicionar al bloque conservador dominante en la UE y disputar su exclusiva hegemonía en el diseño de la construcción europea futura. Pero las fuerzas populares progresistas tienen una legitimidad social e influencia institucional desiguales. Ya no solo en Grecia y España, sino en Francia e Italia, cuyo desarrollo de dinámicas críticas al poder establecido, la neutralización de las tendencias ultraderechistas y el desplazamiento de la credibilidad pública de los aparatos socialdemócratas son imprescindibles para fortalecer la pugna emancipadora frente al bloque liberal-conservador representado por Merkel y el Gobierno alemán.

Además, debe madurar la pérdida de legitimidad representativa de las derechas conservadoras en los principales países centrales, entre ellos, como demuestran algunos síntomas positivos, en la propia Alemania (no solo con la oposición de la Izquierda y los Verdes sino de los moderados sindicatos y de algunas bases socialdemócratas) y en el Reino Unido (con importantes nuevas bases laboristas que apoyan a J. Corbyn, su nuevo dirigente de izquierdas), o incluso llegando al corazón de EEUU, con el ascenso en las primarias demócratas del líder 'socialdemócrata' — que allí es sinónimo de radical—, B. Sanders. Por tanto, ante el tremendo poderío del establishment, algo se mueve en las sociedades centrales más conservadoras.

Cambia la perspectiva histórica sobre el ritmo y la profundidad del cambio. O, en otro sentido, el proceso de consolidación de la hegemonía política y la representatividad institucional, en uno o varios países periféricos, de las fuerzas alternativas. Y qué papel articulador de la dinámica sociopolítica y qué capacidad transformadora de sus estructuras socioeconómicas consiguen implementar frente al poder establecido de los países centrales y las principales instituciones europeas.

El significado de 'ganar' o 'asaltar los cielos', aprovechando una buena coyuntura u oportunidad, se modifica. Define un avance parcial o limitado en un proceso más amplio, al menos del próximo lustro, y una estrategia más prolongada, con avances y retrocesos. Y como en el lustro anterior de refuerzo de la indignación cívica y la resistencia popular frente a la crisis sistémica, implica un nuevo paso de ampliación y

mayor consolidación de una ciudadanía activa y una renovación de las élites sociales y políticas, con un fuerte talante social y democrático.

En esta nueva etapa, todavía defensiva para las tendencias progresivas, la dinámica principal es de resistencia firme y reformismo fuerte y sustantivo, de combinación de realismo y voluntad transformadora, de vinculación democrática con la mayoría popular y reafirmación en los valores igualitarios y la defensa y mejora de los derechos sociales y el bienestar público.

En el plano institucional europeo caben una descentralización de la UE y una flexibilidad del sistema monetario, tal como apunta el alemán Oscar Lafontaine (2015). Si se mantiene el actual austericidio de la Europa alemana, con más prepotencia autoritaria y una mayor subordinación de los países del sur y las capas populares, son evidentes los riesgos de desmembración de la eurozona, con aislamiento financiero y político de los países más débiles y reticentes o díscolos con el poder establecido. Pero, además de contemplar seriamente los problemas de la transición monetaria y económica, sin respaldo institucional y con el boicot de los mercados financieros, hacen falta más condiciones. Hay que evaluar la capacidad autónoma, política, económica y fiscal de los gobiernos periféricos, para sobrevivir en un entorno de acoso externo e interno. Pero, sobre todo, se trata de mantener la perspectiva de cómo doblegar o, al menos, frenar a los poderosos ampliando las bases sociales de rechazo a ese proyecto conservador, fortaleciendo la solidaridad europea y avanzando en una reforma progresista y solidaria de la eurozona.

El problema de fondo para las fuerzas progresivas sigue siendo cómo se liberan los pueblos europeos de la subordinación del poder financiero y el bloque de poder liberal-conservador y su armazón institucional en la actual U.E. Salirse del euro y la eurozona es un atajo que puede ser contraproducente y generar más sufrimiento popular, sin la cobertura o posibilidad de constituir otro bloque solidario, inexistente en el panorama geoestratégico y económico mundial. Incluso para China o la Rusia de Putin no es atractiva la salida de Grecia del euro sino todo lo contrario, un puente en sus relaciones comerciales con la U.E. Al mismo tiempo la propia Grecia puede hacer valer su aportación integradora, social, cultural y política, y de estabilidad democrática en ese espacio inestable y sensible de Oriente Medio, los Balcanes y el mediterráneo oriental y en tensión con la potencia emergente de Turquía.

En definitiva, tras siete años de crisis socioeconómica y cinco de gran ofensiva conservadora, se produce el intento derechista de cierre del impacto, en el reequilibrio de poder político-institucional y la reforma económico-social, de la oposición popular y la crisis de legitimidad del poder establecido: la democratización política, la conformación de nuevos sujetos transformadores y la disminución de las brechas, sociales y entre países, producidas por la crisis y su gestión liberal-regresiva, junto con la aspiración a otro proyecto solidario y democrático de construcción europea.

No obstante, sigue abierta la oportunidad histórica para apostar por otra Europa. Frente al proyecto conservador, injusto y fragmentador, en la ciudadanía europea todavía existen dinámicas democráticas, emancipadoras e igualitarias para replantear el modelo productivo e impulsar la modernización económica del sur, democratizar sus instituciones e impulsar una redistribución de rentas, transferencias de capital y mutualización o solidaridad de los riesgos que incrementen la cohesión social y la integración política de la Unión Europea (Antón, 2015).

La ruptura institucional de un país periférico con la UE, con una fuerte legitimidad y apoyo popular, podría ser suficiente para desarrollar o conseguir capacidades y mecanismos político-institucionales y estabilizar un modelo de desarrollo económico autónomo, en conflicto abierto con las oligarquías locales, colaboradoras del poder financiero global y absentistas o 'traidoras' desde el punto de vista patriótico. El componente de construcción y alianza nacional-popular tendría que ser muy consistente. Y superar los límites derivados de la interdependencia económica, muy difíciles. Pero, en la actualidad, ni en Grecia ni en otro país europeo, se da esa circunstancia de homogeneidad popular para acometer ese proyecto, cosa no descartable en el futuro en otra coyuntura más dramática todavía. Ni tampoco una suficiencia de la autonomía económica, para la que, al menos, habría que garantizar un apoyo regional o de varios países relevantes.

La cuestión es que, en estos momentos de mayor interdependencia y subordinación externa, el adversario de las tendencias transformadoras es exterior e interior. Dicho de otra manera, los recursos productivos y financieros de un país económicamente débil como Grecia, son dependientes del control foráneo, con la colaboración de las oligarquías y élites locales, y autónomos del poder soberano estatal. Una cosa es el Gobierno y otra el poder político-económico. Dar un paso más en una confrontación abierta, en gran desventaja estratégica, con una fuerza popular y alternativa con gran legitimidad social pero todavía limitada en su capacidad transformadora del poder real, es olvidar que se está en una posición defensiva que exige una pugna prolongada, compleja, con altibajos y avances y retrocesos. La responsabilidad institucional progresista es combinar un horizonte de cambio con la gestión de garantías concretas para el bienestar de la mayoría de la población, preservando los menores retrocesos y la participación democrática.

La prepotencia actual del Gobierno de coalición alemán y la Troika con el pueblo griego y el Ejecutivo de Syriza tiene un significado político claro. Había que frenar el cuestionamiento popular a la salida reaccionaria de la crisis y el autoritarismo institucional europeo. No solo como protesta social y deslegitimación pública, sino como constitución de un poder (relativo) institucional alternativo con su capacidad gestora, simbólica y articuladora de la sociedad griega. Había que cortar la simpatía popular (el contagio) y la dinámica de cambio político en España y el resto del sur europeo, así como la posible suma de nuevos aliados y dinámicas de cambio en otros países que apunten al corazón del poder liberal-conservador. El fin de la primavera griega, desactivaría la ola de cambio político en España y, en otros países, aislaría los

focos de deslegitimación cívica de la estrategia reaccionaria y la formación de tendencias alternativas.

Sin embargo, la derrota al pueblo griego no es total (estratégica), ni la aceptación gubernamental a regañadientes de los planes europeos, algunos con efectos en varias décadas, significa la renuncia a la exigencia de su reversibilidad, en otras condiciones sociales, económicas y políticas a construir. En Syriza existe el riesgo de la simple transformación gestora de su función política; así se deduce de la posición de componentes de su ala moderada. Pero el grueso de sus bases y su dirección, el núcleo en torno a Tsipras y el grupo de los 53, del ministro de finanzas Tsakalotos y el más afín a Varoufakis, mantienen la denuncia del carácter injusto e ineficaz de la estrategia neoliberal que conlleva el memorándum del tercer rescate y la aspiración a su derogación. Así, busca un terreno y un tiempo que permitan poder continuar la defensa de los derechos sociales y democráticos del pueblo griego, derrotar al bloque conservador y construir otra Europa social y democrática.

## 7. Voluntad de cambio y relación de fuerzas

En el referéndum griego se expresaron dos opciones estratégicas fundamentales en torno al eje fundamental entre autoritarismo-austeridad-regresión o democracia-igualitarismo-emancipación; o si se quiere entre, por una parte, reacción oligárquica, viejo orden político y consenso neoliberal y, por otra parte, participación popular, nuevas fuerzas emancipadoras y de izquierda y alternativas transformadoras y de progreso. Su realización y los resultados constituyeron una amplia victoria democrática para Syriza y el pueblo griego, imprescindible para cohesionar a la mayoría social, contener una derrota total y mantener una perspectiva de firmeza y progreso.

Pero toda esa estrategia movilizadora ha sido insuficiente para vencer al bloque de poder conservador europeo y su base de apoyo estructural en Grecia. A corto plazo, no había planes B con suficiente rigor, operatividad económico-financiera y credibilidad social para oponerse con suficiente eficacia a la ofensiva global del poder europeo-alemán, institucional y financiero, y su contundente amenaza de expulsión de Grecia de la eurozona (Grexit) (incluido el de Varoufakis cuya finalidad era paliar la falta de liquidez durante varias semanas para negociar un acuerdo rápido). Ese plan suponía el fuerte disciplinamiento de su pueblo fuera de la U.E., con una profunda crisis social, un cambio de régimen político más autoritario y la desarticulación de la izquierda transformadora y el movimiento popular progresista. Ese programa máximo fue evitado por el acuerdo.

En la representación política y las fuerzas sociales griegas era necesario el reajuste de su percepción sobre la fuerte desigualdad en los equilibrios de poder. El baño de realismo sobre las capacidades transformadoras supone la adecuación de la gestión y la política defensiva, ambivalente y de resistencia prolongada, a la realidad de la correlación de fuerzas y el grado de apoyo popular. Y era imprescindible firmar un acuerdo injusto, como tregua para frenar esa opción peor. La actitud es diferente desde una responsabilidad institucional con el conjunto de la sociedad griega. Aunque cupiese la otra opción de la propia dimisión del Gobierno para no mancharse las manos y centrarse en la oposición social. Implicaba dejar el poder institucional y la aplicación del memorándum en manos de las fuerzas partidas del SI, que acababan de ser derrotadas en las urnas, o en una situación de indefensión de la propia sociedad ante la desarticulación económica y la crisis social.

Como expresa el filósofo Slavoj Žižek (2015) la cuestión es la posibilidad de la gestión institucional en un nivel intermedio (local y autonómico, o gubernamental en un país periférico) de una izquierda transformadora, constreñida no solo por las dinámicas estructurales sino por las medidas del poder en los organismos superiores (europeos e internacionales o estatales frente a los territoriales) que imponen determinadas estrategias antisociales. La gestión institucional de la defensa de los de abajo, con un mandato imperioso y regresivo de los de arriba, se hace tensa, ambivalente y

complicada. Ante todo necesita ser explicada y comprendida por la mayoría social, así como sometida a ratificación democrática.

Este proceso no ha estado bien elaborado, debatido, explicado y comprendido. Las élites progresistas griegas y europeas debemos aprender de la experiencia y los errores. La anterior polarización, en el ciclo que acaba, era relativamente sencilla. En este cambio de periodo las nuevas tareas institucionales y transformadoras exigían un nuevo discurso sobre la complejidad de la realidad y las contradicciones de esa ambivalencia, de ese enfoque trágico de la elección (condicionada) entre dos males, para explicar la relativa impotencia progresista y el retroceso político y socioeconómico y dar un nuevo sentido a la estrategia igualitaria y democratizadora de fondo. Es el desafío explicativo y de legitimación en la propia campaña electoral de Syriza para ver si demostraba capacidad de convicción y era capaz de representar a una mayoría ciudadana.

Según distintas encuestas de opinión, existía una amplia comprensión popular de estos ejes fundamentales y no se expresaban grandes desorientaciones políticas sobre los adversarios, las tareas, las estrategias y sus representantes. No hay grandes desplazamientos de voto, más allá de la división de Syriza. No obstante, el esfuerzo explicativo e integrador de las tendencias de cambio es fundamental, en particular entre la nueva Syriza y Unidad Popular. Como mínimo para evitar alejamientos y sectarismos innecesarios. Como máximo, para evitar la vuelta de la derecha al Gobierno y dar estabilidad a un Ejecutivo de progreso con una orientación más compartida que permita, a pesar del memorándum impuesto, avanzar en su cuestionamiento y la profundización social y democrática.



## 8. El futuro del cambio tras la experiencia griega

La realidad griega mantiene y actualiza el interrogante: ¿Cómo y con qué fuerzas disponibles se frena la austeridad y el autoritarismo y se fortalece un horizonte de progreso? La respuesta puede ser operativa para buscar objetivos comunes, aliados y estrategias adecuadas; o bien puede ser un instrumento retórico, al servicio de intereses corporativos y sectarios en el legítimo pero secundario objetivo de recomponer un mayor protagonismo de cada cual en el espacio político-electoral.

Desde una óptica emancipadora e igualitaria, el reto de las izquierdas y el pueblo griego sigue siendo derrotar a la vieja élite político-institucional, responsable de la aguda crisis socioeconómica, beneficiaria de la oligarquía local e impulsora de las políticas de austeridad. Y poner las bases de la modernización económica, la cohesión social (con programas de apoyo a los sectores más empobrecidos y desfavorecidos por los recortes) y la democratización del Estado y la vida pública. Es necesaria una alternativa transformadora como contrapunto a la obligada aplicación (provisional) del memorándum regresivo. Es una gestión ambivalente, que necesita el mantenimiento de una orientación anti-oligárquica y de progreso y una perspectiva de solidaridad europea con el objetivo de una Europa más justa, social y democrática.

No es nada fácil. Existe el riesgo de la adaptación gestora y corporativa de las élites gubernamentales y estatales (sin reciclar todavía) y la pérdida de impulso transformador de las izquierdas. Está por ver el reajuste interno entre el papel del ala moderada de Syriza (con el vicepresidente Dragasakis, procedente del sector crítico del partido socialista), la tendencia transformadora o radical —en el sentido griego de firme y de fondo— (con el núcleo en torno a Tsipras y el grupo 53) y la consolidación o no de la opción más a la izquierda (Plataforma de izquierdas-Unidad Popular y Partido comunista-KKE). El desafío para las fuerzas emancipadoras y de izquierda, en todo caso, es la constitución de un nuevo liderazgo social y político, con un nuevo discurso y estrategia y una profunda dimensión ética, democrática y transformadora.

Enfrente se ha evidenciado el carácter autoritario, antisocial e inmisericorde del poder establecido europeo. Se ha manifestado públicamente la determinación del bloque liberal-conservador-socialdemócrata, representado por el Gobierno alemán de coalición, de imponer una gestión regresiva y tecnocrática de la crisis e impedir una política económica alternativa, con mayor sensibilidad hacia las demandas populares, y una construcción europea más justa, democrática y solidaria.

Caben extraer algunas lecciones analíticas: ¿Se ha infravalorado la determinación reaccionaria de los poderosos, con un fuerte consenso institucional, y cierta legitimidad social en los países centrales (y la presión neofascista)? ¿Se ha confiado excesivamente en las propias fuerzas (legitimidad democrática del Gobierno de Syriza, apoyo popular en el referéndum)? ¿Se ha sobrevalorado el descrédito político

de la derecha y el Pasok, sin calibrar la capacidad estructural de la oligarquía económica y financiera griega, sus vínculos con el poder europeo y su capacidad de desarticulación económico-financiera? ¿Se ha dado excesiva credibilidad a los falsos atajos de la salida del euro y la eurozona, incluido los planes B parciales, en las condiciones de fragilidad económica, debilidad financiera, aislamiento institucional, cuando la dependencia económica, financiera, productiva, de la deuda acumulada, etc., generada por las élites griegas en varias décadas es muy fuerte?

Conllevan algunos interrogantes normativos y varias consideraciones estratégicas: Qué orientación y desarrollo programático es coherente con el desarrollo de fuerzas emancipadoras. Cómo se construye desde la ambivalencia el movimiento de resistencia contra la austeridad y por la democracia y se transforma en 'alternativo', con nuevas y capaces élites (asociativas, políticas, intelectuales) y con solo mínimas fuerzas económico-institucionales. Cómo se combina el 'realismo' de la constatación de la inmensidad del poder dominante europeo (sin falsas expectativas en el papel de los aparatos socialdemócratas y en particular la Francia de Hollande y la Italia de Renzi) y la impotencia del cambio inmediato en ese ámbito, con la búsqueda y la conformación de otro terreno del conflicto sociopolítico, desde fuera del marco institucional y económico-financiero europeo.

Al mismo tiempo, hay que reconocer la escasa capacidad de transformación estructural y del poder, así como la dificultad de derrotar a corto plazo la estrategia conservadora de austeridad, que tiene la articulación de un reformismo (o radicalismo) democrático y soberano, en un solo país débil, con amplia legitimación social pero sin suficiente consistencia interna, de alianzas externas y bases económico-estructurales.

El riesgo es doble. Por un lado, el posibilismo adaptativo con la incorporación de las izquierdas, las fuerzas o los movimientos populares progresistas a la simple gestión de los planes impuestos, siguiendo la senda de la socialdemocracia gobernante. Por otro lado, el conservar un discurso alternativo pero sin conexión con las condiciones estructurales e históricas reales y los procesos de configuración de las dinámicas y actores de cambio. En los dos casos se debilita el papel de una fuerza política alternativa, igualitaria y emancipadora, su voluntad y su práctica transformadora y su credibilidad social.

Entre las condiciones de este conflicto la dirección de Syriza ha sobrevalorado la fuerza de la legitimidad democrática de su posición, incluidos el efecto de sus argumentos, en relación con el poderío de la Troika, amparada no solo por los grandes poderes financieros e institucionales sino por cierta credibilidad entre una base social moderada, especialmente en los países centrales. En ese sentido, aunque la primavera griega (y las expectativas y dinámicas de cambio en España) tengan una amplia simpatía social, la realidad era la ausencia de aliados internacionales de peso y de una solidaridad amplia y activa entre las capas populares europeas. La debilidad representativa de la izquierda unitaria europea y los movimientos de resistencia anti-austeridad, la amplitud de las propias bases de la derecha, las presiones de la

ultraderecha en diversos países y la confianza social todavía existente en la socialdemocracia son factores que favorecen el continuismo y perjudican al cambio.

Por otro lado, entre los sectores radicales de la Unidad Popular o el KKE, además de infravalorar estas dificultades no profundizan, dada la capacidad de reacción del poder, en las consecuencias internas de su posición: mayor agravamiento de la crisis social y económica, sin preparación sobre los costes para la sociedad y el sufrimiento adicional, así como la falta de una disponibilidad popular firme, articulada y masiva para afrontarlos.

El plan liberal-conservador de gestión y salida de la crisis avanza, con su marco institucional (la Europa alemana). El despliegue en este lustro de un importante movimiento popular progresista y su traducción en cierto poder institucional en algunos países como Grecia y España constituye un gran desafío a esa estrategia, abre nuevas expectativas frente a la resignación, genera algunos avances para la gente y conforma algunas bases políticas para articular una pugna sociopolítica y cultural más prolongada.

Pero se puede decir, a raíz de esta experiencia griega, que esa dinámica de avance ha tocado techo, al enfrentarse al auténtico muro del poder, sin capacidad suficiente para doblegarlo. Todavía existe un gran desequilibrio de fuerzas que solo se puede modificar con mayor amplitud de una ciudadanía crítica, más intensidad de la participación democrática de la ciudadanía activa y la renovación, maduración y unidad de las élites sociopolíticas alternativas.

Sin embargo, para salir del relativo bloqueo de las dinámicas de cambio, es necesario transformaciones cualitativas en esos campos, aprovechando las ventajas de legitimidad social o ruptura de la hegemonía político-cultural y abordando las desventajas de la desigualdad de poder y las inercias estructurales. El conflicto social de fondo va para largo (al menos este próximo lustro) y va a definir el modelo social europeo que salga tras este periodo de crisis sistémica y de oposición popular a la austeridad y el autoritarismo.

Uno de los aspectos más dañinos es la dinámica fratricida entre las fuerzas progresistas. Está arraigada en las tradiciones de las izquierdas y parece que no se salva en la división interna de Syriza. A veces, se prima la visión corporativa o sectaria para ocupar un espacio político y una colocación institucional en detrimento del otro, cuando el objetivo es 'acumular' fuerzas contra el adversario principal, la Troika y la oligarquía griega. Se suman argumentos contra el otro, desde la culpabilidad mutua de la derrota hasta la prepotencia excluyente de unos y la demagogia —la acusación de traición— de otros. A pesar de las discrepancias estratégicas conviene frenar la deriva sectaria y competitiva entre fuerzas progresistas, especialmente nefasta ante los fracasos o las dificultades. Todavía más cuando lo que se ventila es la posibilidad de que la derecha dé un vuelco hacia la profundización de la gestión regresiva y autoritaria y la destrucción de las dinámicas de cambio, tal como aspiran todos los

poderosos europeos y que conformaría un triste fin de ciclo para las expectativas de cambio en ese país.

En todo caso, estas enseñanzas asentadas, sobre todo, en la experiencia griega hay que adecuarlas para el caso de España, con problemáticas comunes pero con diferencias relevantes a las de Grecia. Aquí existe, por una parte, mayor capacidad y autonomía económica, productiva y financiera y, por otra parte, otra distribución del sistema político, con una significativa base social socialista, todavía no desafecta de una dinámica continuista y con un PSOE que mantiene unas expectativas electorales similares al conjunto de fuerzas alternativas. Entre ellas, se ha consolidado la hegemonía de Podemos, pero todavía con cierta fragilidad y dificultad para superar al partido socialista, convertirse en la fuerza principal del cambio y poderle imprimir un carácter sustancial o profundo.

La concreción del objetivo de 'ganar' aboca, en el mejor de los casos de una completa convergencia popular, a que Podemos y sus aliados consigan en el Parlamento una mayoría relativa respecto del PSOE y pueda apostar por la iniciativa en la conformación de un Gobierno de progreso con la participación o apoyo de éste. Ello supone la reelaboración de un plan de acción gubernamental unitario, con unas bases de apoyo social y parlamentaria mayoritarias. Definir la particularidad de ese programa de cambio es priorizar las medidas inmediatas o de emergencia social y los planes a medio plazo o transformaciones estructurales e institucionales, con el doble componente, democratizador y de reforma socioeconómica y consolidación de los derechos sociolaborales y servicios públicos. La implementación de ese Ejecutivo de progreso y su programa supone concretar el alcance del cambio, prevenir la reacción de las derechas y el poder financiero y establecer los equilibrios respecto de la U.E. y su reforma.

Las elecciones generales en España de diciembre de 2015 y las nuevas de junio de 2016, son una nueva oportunidad en Europa, no para un asalto definitivo, pero sí para dar un paso sustancial en una pugna prolongada en un contexto de debilidad de la legitimidad o credibilidad social del poder establecido y cierta capacidad popular de cambio.

La otra hipótesis, más probable tras la experiencia griega, es el cierre a esa dinámica de cambio institucional a través de un consenso de fondo del PP y el PSOE, con la exigencia y el apoyo del poder europeo y el acuerdo conservador-socialdemócrata. Se arbitraría un pacto de estado entre ambos partidos que situaría la pugna popular contra la austeridad y el autoritarismo, en el horizonte de una democracia social más avanzada y solidaria en Europa, desde la oposición parlamentaria y la protesta cívica. El ciclo sociopolítico por el cambio tomaría nuevas formas.

## 9. La victoria de Syriza favorece el cambio

El pueblo griego ha dado otra lección democrática en sus elecciones parlamentarias de septiembre. Ha ofrecido a Syriza el apoyo electoral para que les represente y gobierne. Esa mayoría popular no se ha rendido ante la Troika y la oligarquía griega. Su mandato es claro y, al mismo tiempo, ambivalente. Acatar el memorándum europeo del tercer rescate como mal menor y, a la vez, frenar sus componentes más dañinos, paliar sus consecuencias, particularmente, a los sectores más desfavorecidos y crear las condiciones políticas para su reversibilidad. Ha expresado su confianza en esa estrategia y sus líderes. Esa mayoría social ha expresado una gran madurez política. Refuerza la esperanza de cambio en España y la UE. Repasemos, primero, los resultados más significativos.

### Éxito de Syriza

Syriza consigue 145 diputados (con los 50 adicionales por ser el mayoritario) y el 35,5% de votos, apenas siete décimas y cuatro diputados menos. Se coloca con más de siete puntos porcentuales por encima de la derecha y, en la distribución inicial de diputados con una diferencia de veinte, cuando todas las encuestas vaticinaban un empate técnico, como máximo en torno al 30%. Más allá del tradicional sesgo demoscópico tendente a infravalorar su electorado y el del NO en el referéndum, lo que parece claro es que un alto porcentaje de los indecisos que denotaban las encuestas (al menos un tercio de los mismos), en los últimos días se ha decantado por el apoyo a Syriza. O lo que es lo mismo, se ha convencido por sus argumentos en la campaña electoral, han superado el retraimiento que manifestaban sus dudas o defectos y se han reafirmado en su liderazgo y su estrategia. Es más, si sumamos su porcentaje al pequeño alcanzado por la Unidad Popular, tenemos que ese electorado de izquierda transformadora habría crecido dos puntos y obtenido la mayoría absoluta, que es lo que auguraban algunas encuestas antes de la división interna.

El incremento de la abstención en siete puntos (la participación ha pasado del 63,9% al 56,6%), teniendo en cuenta que globalmente no ha habido grandes desplazamiento de voto, está repartido proporcionalmente entre el electorado anterior de las distintas fuerzas políticas. Ese alejamiento abstencionista no se ha concentrado en la izquierda social. No es válida la interpretación de que significa la pérdida de apoyo a Tsipras o que todo ese sector esté en desacuerdo con su propuesta de adecuar las condiciones y el ritmo del cambio. Aunque es una debilidad participativa a superar, no es achacable a un hipotético y exclusivo descontento con la acción gubernamental de Syriza, ni resta legitimidad a su victoria. Y menos hay que asociarla a una posición partidaria de salir de la eurozona o de cuestionamiento del régimen democrático.

La subjetividad de la mayoría social de izquierdas ha cambiado respecto de enero, en las anteriores elecciones generales, y de julio, en el referéndum. La ilusión popular por una victoria rápida y profunda de la austeridad, con una derrota del bloque liberal-conservador europeo, comandado por el Gobierno de coalición alemán, ha dejado paso a un mayor realismo sobre las dificultades y, sobre todo, sobre la necesidad de acumular más capacidades económicas y apoyos sociopolíticos internos y en Europa. La confianza ciudadana en la suficiencia de la voluntad democrática expresada por el pueblo griego se ha truncado a la vista del inmenso poder, el desprecio y el autoritarismo del establishment europeo.

Pero esa percepción 'trágica', admitir la adversidad, elegir un camino malo, pero el menos doloroso, y reafirmar la voluntad de cambio, no es un retroceso cultural e ideológico. Esa lucidez, aunque apesadumbrada por el requerimiento de nuevos esfuerzos populares, a todas luces injustos e impuestos, prepara mejor al pueblo griego (y la izquierda social y fuerzas populares del sur europeo) para la ardua y prolongada tarea de la resistencia social, la cohesión política y la madurez de un liderazgo por el cambio político y socioeconómico contra el poder establecido. Pues bien, esta conciencia social y su renovado compromiso democrático es la lección fundamental que ha dado la mayoría del pueblo griego, cuyas enseñanzas se resisten a considerar algunos sectores de la izquierda europea. El único plan alternativo al de la derecha era el representado por Tsipras.

Esos resultados dejan a Syriza a seis diputados de la mayoría absoluta, pero si se añaden los obtenidos por ANEL-Griegos Independientes, con el 3,7% y diez diputados (un punto y tres diputados menos), anteriores y renovados socios de Gobierno, la repetida coalición gubernamental mantiene una holgada mayoría absoluta de 155 diputados, de un total de 300. Hay que recordar que a este grupo político se le define como de derecha nacionalista. No obstante, ha tenido y tiene una posición clara contra los planes de austeridad y en defensa de las políticas sociales y, en ese sentido, tiene una posición más crítica y de 'izquierda' que el propio PASOK, aunque se defina de izquierda (o centroizquierda).

Cabe una matización sobre el carácter de esa alianza de Syriza con ANEL-Griegos independientes, en una posición subordinada, y el perfil de progreso del nuevo Gobierno. Es verdad que en algunos temas, por ejemplo, en el caso de la inmigración, este grupo político ha expresado ideas reaccionarias. Pero está clara la posición gubernamental progresista e integradora, especialmente con el anterior y renovado ministro de Inmigración de Syriza, activista de Médicos del Mundo, con gran experiencia en la gestión humanitaria. Las acusaciones del Secretario General del PSOE, Pedro Sánchez, contra Syriza por preferir la alianza con la 'ultraderecha' y descartar un acuerdo con el PASOK, no tienen fundamento. Reflejan la frustración por la derrota socialista, son sectarias contra Syriza, dan cobertura a su aislamiento por la Troika y abundan en la ausencia de autocritica por la gestión de 'derechas' de la socialdemocracia. Es un mal precedente para el acercamiento progresista en España. Dicho de otra forma, el Gobierno griego actual es más social que otro compartido con

un PASOK prepotente y sin reciclar y, desde luego, más progresista que el de éste con su alianza en el bloque del SI a la Troika. Y esa posición socialista tergiversadora es más cínica, cuando podría haber cogido otro ejemplo más próximo: La alianza del líder del Partido Demócrata italiano, el 'democratacristiano' Renzi, con el ministro del Interior Alfano, exministro de Berlusconi, cuya primera gestión fue reafirmar la ley de inmigración de la derecha, claramente xenófoba y criminalizadora. Pero para el PSOE, Renzi es la referencia a imitar y Tsipras el modelo a criticar.

#### Fracaso de la derecha, la socialdemocracia y el izquierdismo

La derecha de Nueva Democracia, representante directo del poder liberal-conservador europeo, ha fracasado en su intento de acceder a la gestión gubernamental, cumplir a rajatabla todos los designios de la Troika y salvaguardar los privilegios de la oligarquía griega. Solo ha mantenido su 28%, con 75 diputados (uno menos, que ha ganado el neonazi Aurora Dorada que ha crecido seis décimas, hasta el 7%). Es decir, los espacios de la derecha y la ultraderecha, con ese pequeño trasvase entre ellos, solo se han mantenido. El 'extremismo' nazi, a pesar de su demagogia antieuropea, xenófoba y partidaria de salir del euro, no avanza significativamente, como muchos temían.

También ha fracasado el resto del bloque de los partidarios de SI a la estrategia de austeridad, en el pasado referéndum, ejecutores de los planes antisociales anteriores y colaboradores acérrimos de la Troika. Ha descendido el liberal To Potami (El Río), que ha perdido dos puntos porcentuales (hasta el 4,1% y seis diputados menos). A cambio, se incorpora la demagógica Unión de Centristas (3,4% y 9 diputados) que en enero se había quedado fuera del parlamento.

El PASOK consigue el 6,3% y 17 diputados, con un incremento porcentual de punto y medio y cuatro diputados. Frente a interpretaciones interesadas sobre la recuperación electoral de este partido socialista, hay que constatar más bien su estancamiento en ese nivel bajísimo. En esta ocasión se ha presentado junto con el pequeño partido DIMAR-Izquierda Democrática, la escisión promovida por el jefe de Gobierno socialista Papandreu que, en enero, se quedó en el 0,5% y no consiguió el mínimo para tener representación parlamentaria. Por tanto, sus resultados actuales apenas llegan a un punto sobre la suma del porcentaje anterior de ambos. Es un reflejo de su descrédito y su irrelevancia, así como fuente de frustración para la socialdemocracia europea, cuando en el año 2009, antes de su profunda gestión regresiva, habían llegado hasta el 44%.

Los socialistas griegos y europeos, promotores también del dictak austericida al Gobierno de Syriza, esperaban (al igual que la derecha y el bloque izquierdista) que sufriese similar desafección popular. Era un objetivo de su imposición. No se explican que no haya corrido la misma suerte que el PASOK, condenado ya a la irrelevancia. Demuestran su rabia porque a través de Tsipras el pueblo griego mantiene la esperanza de cambio. No están interesados en ver que, aunque Syriza se ve obligado

a aplicar el memorándum europeo, existen profundas diferencias de su estrategia, su talante y su honestidad: la movilización total y democrática de sus fuerzas para frenar a la Troika, incluido la expresión rotunda del referéndum; su voluntad de defender a los de abajo, precisamente, frente a los de arriba, la oligarquía griega y el poder establecido conservador al que avala la dirección socialdemócrata; su determinación de paliar sus efectos más negativos, y su decisión de impulsar el cambio para dejar atrás la vieja estructura oligárquica, garantizar la democratización política y avanzar en la modernización económica.

El tercer bloque es el izquierdista. Está compuesto, sin haber llegado a un acuerdo electoral, por dos grupos. El partido comunista (KKE), de tradición pro-soviética, firme partidario de la salida del euro y de despiadada crítica contra Syriza, que mantiene su pequeño electorado (5,6%). Y Unidad Popular, la escisión de 25 diputados de Syriza que solo ha conseguido el 2,8% (140.000 votos), quedándose fuera del parlamento. Dado el eco mediático que han tenido los argumentos izquierdistas en esta especie de pinza anti-Syriza, convergente con el aislamiento recibido desde el poder establecido, merece la pena hacer un paréntesis explicativo.

Respecto de las expectativas de los representantes de este sector (y de los de la izquierda europea más dogmática), sus resultados electorales han sido un rotundo fracaso. Se arrogaban la representación del 62% del NO del referéndum y vaticinaban la superación del número de más de treinta diputados de la Plataforma de Izquierdas, que habían expresado su desacuerdo con el Gobierno. Incluso algunos auguraban la superación de la propia Syriza. Su discurso hipercrítico contra Tsipras, al que han acusado de traición, transformismo y capitulación, y su alternativa de incumplimiento del memorándum y salida del euro, no ha tenido apoyo popular. Es una sonora derrota democrática que es normal que genere desesperanza entre sus seguidores en Grecia, en España y en Europa. Pero esa desilusión no la pueden generalizar a toda la izquierda social ni enmascarar en el supuesto engaño de Tsipras que, según su opinión, terminará por descubrirse para las siguientes elecciones, dentro de cuatro años. La evidencia es que su discurso y su estrategia sectaria no han encontrado eco popular, ni se han acercado a su representatividad anterior dentro de Syriza.

Una reflexión se puede añadir, por si favorece que personas de esta corriente admitan aprender de sus errores. Sería deseable, aunque mantengan desacuerdos, que adopten una posición más realista y menos destructiva con el nuevo Gobierno, articulando una vigilancia constructiva y participando de la dinámica de movilización popular contra el adversario común de la Troika y la oligarquía griega. Es también importante para recomponer una posición más común entre la izquierda unitaria europea. Se enfrentan a un peligro: profundizar en su irrelevancia y desorientación, quedando marginados del movimiento real de resistencia y cambio.

Podría haber sido peor para todos: que su escisión y su actitud sectaria hubiera provocado un retraimiento del electorado hacia Syriza, que hubiera favorecido la victoria de la derecha. Su expectativa sobre una victoria pírrica, de contar con varias decenas de diputados a costa del debilitamiento de Syriza, hubiera fortalecido su



posición y su discurso (también el de sus aliados en Europa). Pero esa base social no existía. Y no valoran la otra cara de las consecuencias de la victoria de la derecha: el pueblo griego estaría sometido a unos planes regresivos, más duros y sin compensación alguna, y a una gestión política más autoritaria, con el aval del consenso conservador-socialdemócrata; habría ganado la Troika. Ese final habría terminado con la expectativa de cambio en Grecia, dificultado el nuevo ciclo sociopolítico de cambio en España y el sur europeo, consolidado las fuerzas continuistas y legitimado la estrategia europea de austeridad.

El riesgo de ese plan del establishment, favorecido por la estrategia anti-Syriza, es lo que no ha permitido la izquierda social y la base progresista griegas. Es la realidad de una dinámica popular que la gente de Unidad Popular necesita asumir para poder contar en la nueva etapa con aportaciones de su gente valiosa, empezando por el propio Varoufakis. Éste había expresado este tipo de valoraciones sobre la importancia de la unidad y el voto mayoritario a Syriza, pero en el último momento pidió el voto a Unidad Popular. Revelaba, como él mismo ha dicho, que es un experto economista pero no un buen político como reconocía que sí lo era su amigo Tsipras.

#### Mayor esperanza para el cambio

Para impulsar un movimiento popular igualitario y emancipador es clave la capacidad interpretativa y política, la comprensión de las tendencias sociopolíticas, las constricciones estructurales e históricas y la relación de fuerzas. Las élites políticas necesitan una profunda honestidad y una actitud democrática de arraigo y defensa popular. Son actitudes clave para el nuevo Gobierno griego y, especialmente, para las gentes de buena voluntad transformadora.

La dinámica popular griega y su izquierda social y política han dado un ejemplo de convicciones democráticas y de justicia social. Superando optimismos irreales, han adquirido, rápidamente, un fuerte realismo y una gran madurez política. Ante el desmesurado poderío antipopular del establishment, no se han rendido ni escapado, sino que se han adaptado a un camino más duro y sinuoso de lo esperado. Pero la nueva estrategia de Syriza, compleja y ambivalente, y su liderazgo están claros para una parte fundamental del pueblo griego. Se ha ratificado en su determinación de continuar su lucha por la democratización y los derechos sociales, aunque ajustando condiciones, prioridades y ritmos a los apoyos y las fuerzas disponibles. Hace falta su consolidación, el acierto de sus líderes y la solidaridad europea.

En definitiva, el pueblo griego, su parte más relevante, ha demostrado dos hechos. En primer lugar, un importante sentido de la realidad, evidente ya en momentos anteriores. Le ha llevado a reconocer la gran desigualdad de fuerzas sociales y políticas progresistas respecto de la Troika (o cuarteto). Junto con el poder financiero, el bloque de poder liberal-conservador, comandado por el Ejecutivo de coalición alemán, ha demostrado su poderío económico e institucional y su determinación antisocial y autoritaria. Era claro su objetivo de someter al rebelde

pueblo griego, utilizando su capacidad para desarticular la economía griega, expulsarla del euro y agravar la crisis social. La opción era un profundo proceso de ajuste y disciplinamiento y una involución social y democrática. Buscaba un cambio de régimen político, con destrucción de las izquierdas y la oposición popular, para impedir la resistencia a su gestión de la crisis, neutralizar el proceso de deslegitimación de su estrategia de austeridad y prepotencia y frenar la dinámica de cambio político, también en España y otros países. La sociedad griega ha tenido que admitir la insuficiencia de los recursos sociales y políticos movilizados: el propio éxito de Syriza en enero y su defensa de un plan anti-austeridad, así como la amplia victoria, casi el 62% de la población, del NO en el referéndum. La expresión democrática del pueblo griego, su soberanía estatal, ha sido incapaz de doblegar la estrategia de austeridad del grupo de poder encabezado por Merkel, aunque haya erosionado su legitimidad social y haya frenado algunas de sus peores consecuencias. Todo ello llevaba a la necesidad de una readecuación estratégica, a un repliegue pero con una reafirmación política.

En segundo lugar, la izquierda social y política griega, las fuerzas populares, ha expresado su firme determinación de no rendirse o capitular, ni tampoco ir por falsos atajos o salidas. Su voluntad manifiesta es por una estrategia y un liderazgo político que apueste por paliar los efectos más negativos del plan de rescate, cuestionar sus objetivos antisociales, debilitar la legitimidad del poder liberal-conservador para imponer una salida regresiva de la crisis y mantener el horizonte de una Europa más social, justa y solidaria que queda abierto. Supone la oposición de las otras dos opciones planteadas: la consolidación de las estructuras sociales, económicas y de poder de la oligarquía griega y la Troika, y el callejón sin salida del abandono del euro y la Unión Europea. Es una nueva oportunidad para el avance popular.

Por tanto, la principal derrota electoral ha sido para el conjunto de las fuerzas políticas responsables de la gestión regresiva y autoritaria anterior, dispuestas a aplicar el memorándum sin condiciones, representantes del poder liberal conservador y de la Troika y partidarios de mantener la vieja estructura de poder y privilegios. Los resultados consolidan la tendencia popular para superar la dinámica oligárquica y autoritaria, el viejo sistema de alternancia bipartidista entre derecha y socialdemocracia y la estrategia liberal-conservadora de gestión antisocial y prepotente de la crisis. La victoria de Syriza, la lección del pueblo griego, favorece el impulso cívico por una reforma institucional europea basada en un modelo más justo, solidario y democrático. Refuerza las tendencias de cambio sustancial en España.

## Bibliografía

Antón, A. (2013): Ciudadanía activa. Opciones sociopolíticas frente a la crisis sistémica, Sequitur, Madrid.

- (2015): Movimiento popular y cambio político. Nuevos discursos, Barcelona, UOC.

Flores, G. (2016): "Lo positivo del Plan B para Europa y algunas inquietudes", en Nueva Tribuna (12-4-2016): <http://www.nuevatribuna.es/opinion/gabriel-flores/positivo-plan-b-europa-y-algunas-inquietudes/20160412113159127277.html>

Galbraith, J. K. (2015): «Grecia no está siendo rescatada, está siendo saqueada», entrevista en eldiario.es, editada en Truman (31-8-2015): <http://trumanfactor.com/2015/galbraith-entrevista-15098.html>

Innerarity, D. (2015): La política en tiempos de indignación, Barcelona, Galaxia Gutemberg.

Lafontaine, O. (2015): "¿Qué podemos aprender del chantaje al gobierno de Syriza?", en eldiario.es (21-8-2015): [http://www.eldiario.es/zonacritica/izquierda-Europa\\_6\\_422467768.html](http://www.eldiario.es/zonacritica/izquierda-Europa_6_422467768.html)

Navarro, V. "La canallada final contra el pueblo griego", en Público (16-7-2015): <http://www.vnavarro.org/?p=12371>

Varoufakis, Y. (2012): El minotauro global. Capitán Swing, Barcelona.

- (2015): "Grecia no quiere abandonar el euro ni amenazar con hacerlo", Entrevista en openDemocracy, traducida y reproducida en Truman (15-1-2015): <http://trumanfactor.com/2015/entrevista-varoufakis-2-14741.html>.

Zizek, S. (2015): "Apocalipsis griego: ¿Versalles o Brest-Litovsk?", en El Mundo (20-8-2015): <http://www.elmundo.es/opinion/2015/08/20/55d4a6d2e2704edb2b8b4580.html>